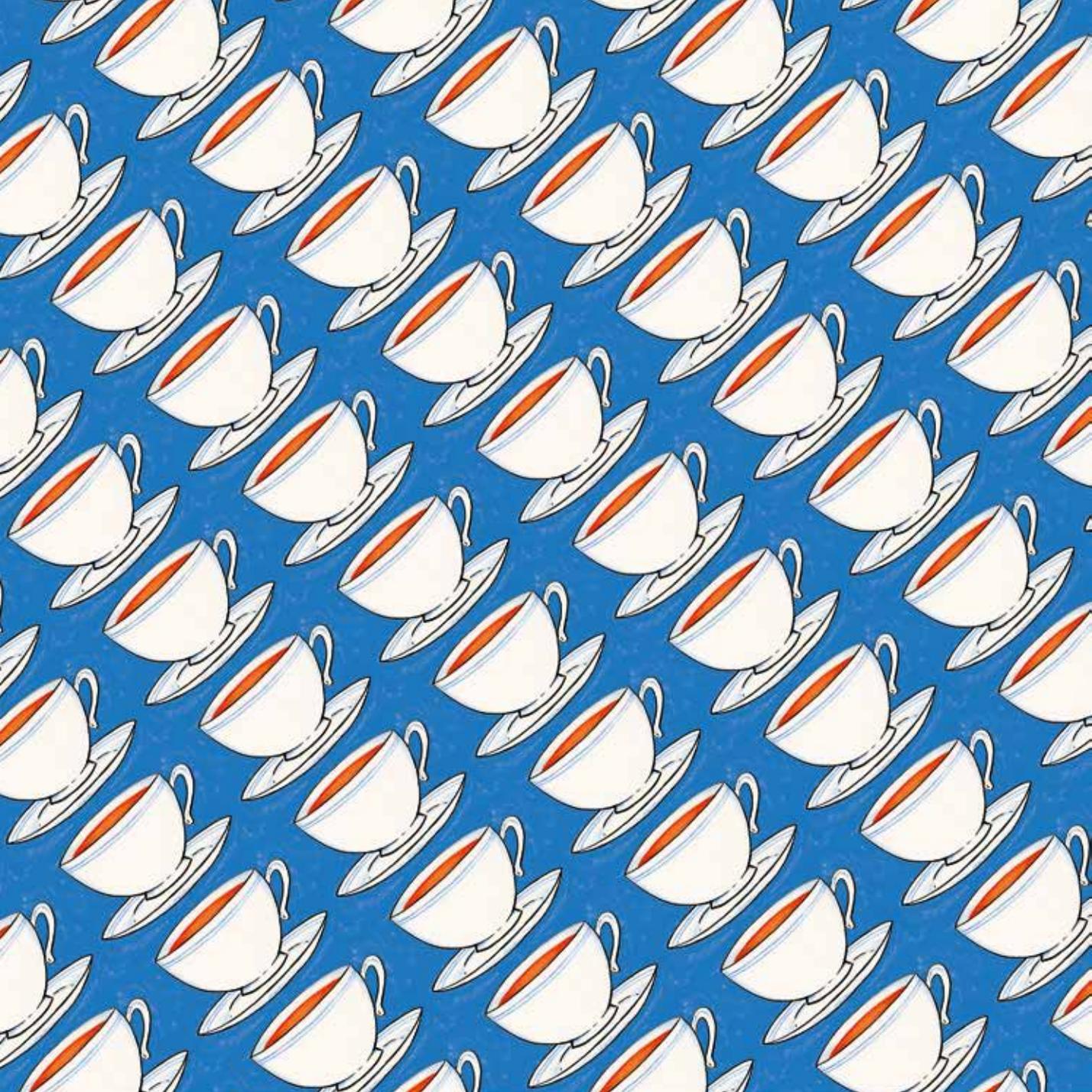
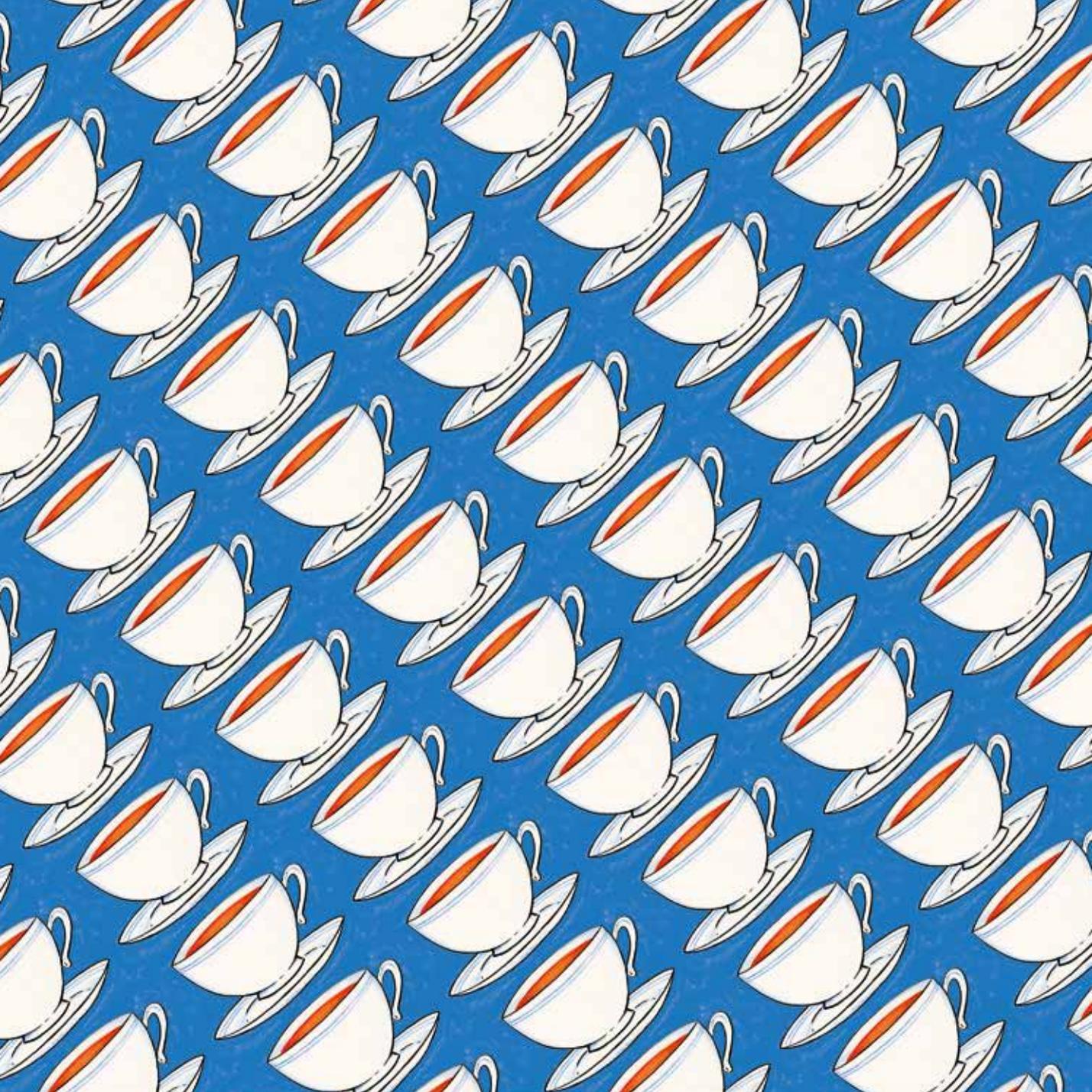


Cuentos para la once









Programa PACE UCSC 2020.
Primera edición 2020.
Concepción, Chile.

Autores: Estudiantes, docentes, directivos y administrativos de la red PACE UCSC.

Edición: Luis Miguel Medina Romero
Coordinación y logística: Karyn Alejandra Rojas de la Fuente
Diseño y Diagramación: Benito Javier Ibacache Zuloaga
Ilustraciones: Tamara Estefanía Cea Saldías
Revisión y Corrección: Luis Miguel Medina Romero y Paola Graciela Arias Isla



PACE | UCSC
PROGRAMA DE ACOMPAÑAMIENTO Y ACCESO EFECTIVO
UNIVERSIDAD CATÓLICA DE LA SANTÍSIMA CONCEPCIÓN



UCSC



Cuentos
para la once

Índice

Prólogo	7
Alas	9
Ayün	11
Baile	13
Cada una con su amiga	15
Cintas Amarillas	17
El ave que no podía volar	19
El nacimiento de los eclipses	21
El último ulpo de papá	23
El viaje de Vecnu	25
Llevarte en mi vuelo	27
La estación y el profesor	29
Las aventuras pandémicas de Manchini y Synclayer	31
Mariposa blanca	33
Moraleja en un sueño	35
Paranoide	37
Pies con alas	39
Presa	41
¿Qué será de ti, Dolly?	43
Reencuentro	45
Revoloteo Íntimo	47
Tiro mortal	49
Un invitado imaginario	51
Un parque sin nombre	53
Una taza de recuerdos	55
Viajera nocturna	57
Contextualización	58



Prólogo

Algo que siempre me ha llamado la atención de la cultura chilena, es el ritual de tomar once. Y digo ritual, no porque tenga algo de místico o esotérico, sino porque en cada casa, cada familia o persona, tiene su forma particular de compartir y realizar esta deliciosa actividad.

Tomar once, a mi humilde parecer, se trata de pertenecer, es decir, uno deja de ser un extraño, cuando es invitado a tomar once. Ahora es amigo o hasta familia, porque la once es un acto de intimidad.

Pero tomar once va más de allá de comer, se trata de compartir historias, de hablar, de reír, de crear recuerdos. De alguna forma, se trata de hacer literatura.

Este libro está lleno de esas historias, de esos recuerdos, de esas vivencias. Algunas invitarán a la reflexión, otras dibujarán sonrisas, otras emocionarán, será posible pasar de la incertidumbre al asombro.

Para hacer un libro, para publicarlo, hacen falta recursos, papel, máquinas con nombres y usos complicados. ¿De qué está hecho un libro? De papel, tinta y pegamento, diría alguien muy literal, pero este libro no, este libro está hecho de algo más que eso, está hecho de talento, de historias y de sueños.

Este libro es un homenaje, un homenaje a cada docente que da lo mejor de sí para seguir formando a las nuevas generaciones. Un homenaje a cada estudiante que decide tomar papel y lápiz, o abrir un documento Word y dedicar su tiempo a escribir un cuento. Un homenaje a Chile y su hermosa tradición de tomar once. Y un homenaje a los que sueñan, porque de ellos es el futuro.

Gracias a cada persona que hizo posible este libro.

Ojalá puedan compartirlo con alguien, la próxima vez que vayan a tomar once.

Luis Medina

Profesor de Lenguaje

Facilitador de Terreno PEM Programa PACE UCSC





Alas

Sentí dolor, profundo y agudo, como ningún otro que haya sentido antes, y supe que algo estaba mal, en el momento que al intentar alzar el vuelo solo sentí dolor, no sentí mis alas, mamá y papá me las cortaron.

Sofía Fernanda Sepúlveda Campos

(Ganadora Mención Honorífica)

4to Medio

Liceo Bicentenario de Excelencia Polivalente San Nicolás





Ayün

Las lecturas de “La Araucana”, encendieron las ilusiones de Amalia. Al dejar el viejo continente, se lanzó en una intrepidez de caminos inciertos, para una señorita de aquellos tiempos.

Acá llegó en un ejército, era un sargento. Le colgaban dos medallas: una de valentía y otra de osadía. Nadie, en el campo de batalla, dudaría de su hombría. Hasta que se enfrentó cuerpo a cuerpo con el Lonco, ninguno cedió. Se perdieron de su gente.. Se mimetizaron con los uniformes del bosque, entre copihues y coihues. Se desenterró el cofre, salió la joya que encontró su dedo, eclipsándose sus mundos, creando uno nuevo.

Victoria del Rosario Burgos Cortesi

Docente

Liceo Bicentenario de Excelencia Técnico Profesional Alonso de Ercilla y Zúñiga





Baile

Hace muchos años mi abuela me contó la historia sobre una joven que iba a asistir a un baile junto a sus mejores amigas: Caroline, Rebeca y Amara. Para la ocasión, todas se pusieron sus mejores vestidos, con la intención de impresionar a algún apuesto joven, pero aquellas jóvenes no sabían que esa noche la vida de una de ellas se desmoronaría para siempre.

Cuando salieron y se acercaban al baile, se escuchaba a lo lejos el bullicio de las personas, y así siguió el viaje hasta que por fin llegaron al baile. Amara estaba muy enojada, porque su acompañante no pudo asistir para bailar su canción, sus amigas le dijeron: "no te preocupes, de seguro ahorita un guapo adinerado te invita a danzar, tú solo disfruta el baile". Jóvenes se le acercaban, querían bailar con ella, pero a todos rechazaba. Hasta que, por fin en un momento de la noche, pusieron la canción de moda de aquella época y al mismo tiempo que sonó la canción, se le acercó un misterioso, pero muy apuesto hombre a Amara, que, al minuto de avanzar hacia ella, un silencio ensordecedor se apoderó del lugar, acompañado de la mirada y el deleite de las damas que se derretían, por el caballero que iba con la afortunada de Amara. Entonces el caballero que vestía traje de color negro le dijo:

"¿Me concede está pieza señorita?" y ella muy emocionada, aceptó. Todos los presentes notaron que el caballero le susurró algo al oído, para poco después comenzar a bailar y de pronto, en medio de la canción, la gente comenzó a gritar: "huele a humo ¡Fuego!". Y al instante se escuchó algo más aterrador, toda esa alegría se convirtió en lamentos y llamas de fuego, mientras que ellos bailaban. Amara observó al apuesto hombre transformar su bello rostro a uno de demonio, sus ojos se volvieron rojos como el infierno y sus dientes se volvieron largos como navajas y siniestramente le dijo a la chica: una vida por una vida. Caroline vio como un círculo se dibujaba debajo de los pies de la pareja que no dejaba de danzar, el vestido de Amara estaba siendo consumido con su ardor, el cual comenzó a prenderse, Caroline en medio de sus gritos y desesperación, observó al sobrenatural hombre desaparecer junto a la que era su amiga. Lugar donde se originó una explosión a la par de otras en diferentes puntos de la mansión, mientras el olor a muerte y huevo podrido se expandía por todo el lugar. Del cual todos los invitados trataban de escapar.

Surgieron muchos rumores sobre el destino que le deparó a Amara ese día, algunos dicen que perdió la vida en el incendio y otros que el diablo la arrastró consigo al infierno.

En la actualidad se pueden encontrar las ruinas, que están en lo más alto de un cerro, se dice que desde algunos puntos de distancia se puede apreciar que las ruinas iluminan como si se tratase de un fuego y para los que se atreven a desafiar las leyendas urbanas, pueden escuchar la música que se propaga desde la antigua mansión, dando la sensación de que estuviera lleno de gente, como si se tratase de una fiesta de fantasmas que recrean aquella fatídica noche, otros afirman que es Amara quien sigue bailando con el diablo y que la fiesta jamás llegó a su fin.

Francisca Estefanía Beltrán Muñoz

4to Medio

Liceo Santa Fe





Cada una con su amiga

Un día de estos, mientras claramente no dormía, decidí hablar con mi amiga, la misma que siempre se dedica a alegrarle los días a la gente, sobre todo con este ambiente; y en otras ocasiones a tratar de enloquecerme, vaya que sí es su fuerte, ¡porque sale con tantas estupideces!

Aquel día de cuarentena, para mi suerte, sólo mi mamá me escuchó pegar una carcajada, fue entonces cuando la vi entrar con su mejor aliada, la mismísima chancla. Para mi suerte no me dio un infarto, pero ¡ay! del grito por el chanclazo, ese sí lo escuchó hasta mi vecino del otro rancho...

Abigail Aracelly Vergara Parra

3ro Medio

Liceo Bicentenario de Excelencia Polivalente San Nicolás





Gonzalo Andrés Durán Medina
(Ganador 3er Lugar)
4to Medio
Liceo Polivalente Nahuelbuta

Cintas Amarillas

Está oscuro. Mis ojos no logran distinguir las palmas de mis manos, hace frío, siento pánico. ¿Por qué estoy botado en el suelo? Me duele la cabeza. Intento recordar qué pasó. A mi mente llegan las discusiones de mis padres, un escalofrío recorre mi cuerpo. Recuerdo que salí corriendo de casa, luego de que papá llegara borracho, como de costumbre. Nuevamente le hablé con tono amenazador a mamá. ¡Eres una inútil! Supongo que sus palabras y la agresividad con que las pronuncia no son correctas. El rostro de mi madre se entristeció. Quiero acercarme y abrazarla, pero me dan temor las represalias de mi padre. A veces me pregunto el porqué de sus disputas, cuando lo hago sólo me responden que soy muy pequeño para comprender lo que sucede. Entre una lluvia de gritos y garabatos que no puedo reproducir, me escapo. Corro lo más rápido que puedo, sin mirar atrás. Estoy cansado de ser testigo del odio que se profesan.

Mientras doy un paso tras otro, pienso: “de seguro cuando regrese, me encontraré con restos de platos rotos y a mi madre con un exceso evidente de maquillaje. Se excusa diciendo que la ayuda a verse más linda. No le creo, se aplica demasiada crema color piel sobre sus ojos”.

Tropiezo con mi vecino, me pregunta hacia dónde me dirijo. Le respondo que quería jugar en el parque. No sé si logra creer mi mentira. Los niños no debemos mentir, pero mi padre dice que si digo la verdad de lo que sucede en mi casa, llegará la policía, lo arrestarán y quedaré huérfano como mi gata Lulú (sus padres la abandonaron). Camino hacia un bosque que está cerca de la villa donde vivo. Recorro los grandes árboles de encino. Me gustan mucho, sus frutos parecen pequeñas bellotas, similares a esas que comen las ardillas.

Las horas transcurren y yo sigo avanzando. Nunca fui tan lejos de mi hogar. El lugar es lindo, aunque me da miedo el ambiente lúgubre. No quiero volver a casa. Me distraigo observando los rayos que se escabullen entre las hojas primaverales. Está oscureciendo. No quiero volver a casa. Un ruido me advirtió que algo se acerca. A lo lejos diviso una silueta. Se acerca rápidamente a mí. No logré distinguir quién es. Me asusté y comencé a correr. Había oído muchas historias sobre personas que murieron en este lugar. A medida que me alejo, escucho que una voz conocida dice mi nombre. Era mi padre. Su camisa estaba manchada con una pintura roja. Asumo que solucionaron sus problemas y él quiso remodelar la cerca que da hacia la calle. Es raro, porque lo acompañé a comprar la pintura y era marrón. Tomó mi mano y dijo que debíamos irnos de viaje. Antes de cuestionar el motivo, le pregunté cómo consiguió encontrarme. Me aclaró que eso no importaba, que el tiempo corría y nos iban a descubrir. Con un nudo en la garganta, sin comprender todo lo que estaba sucediendo, mis labios articulan un no quiero! Me sostuvo de las muñecas forzando mi desplazamiento. Me explicó que jugábamos a las escondidas y teníamos que buscar una guarida donde nadie nos encontrara. Manifestó que ese lugar era muy predecible, y pronto lograrían dar con nosotros. No tenía ganas de jugar y menos acá. Me tomó en sus brazos y comenzó a caminar muy rápido. Oía mal. Mis lágrimas cayeron sobre mis mejillas, no quería ir con él. Papá tropezó. Creo que fue con una roca. Es lo último que alcanzo a recordar.

Mientras amanece, mi recuerdo toma vida, no escucho a mi padre por ningún lado. Me dirijo a casa lo más rápido que puedo. Sigo con miedo, eso no me detiene, debo avisar a mamá que papá quiere llevarme de viaje. No sé cuánto tiempo llevo corriendo, pero al fin logro ver mi hogar. Prometeré no escaparme nunca más, mientras pienso esto, me detengo. En el patio hay mucha gente con ropa verde, azul, blanca y algunas letras en sus chaquetas, unas cintas amarillas impiden mi paso.





El ave que no podía volar

La vida tiene sueños y al perseverar podrás cumplir cada uno de ellos, a veces se necesita un poco de ayuda, pero las soluciones están dentro de ti y si logras hacer feliz a los demás, lograrás ser libre.

En un pequeño nido, bendecido por la gracia de la madre naturaleza, nacieron de unos huevos color azul unas hermosas aves llamadas Ácus, las cuales, agraciadas con el don del canto, revoloteaban cada amanecer, recitando la canción de los buenos días, alegrando a todo aquel que las oía. Dicen que quien las escuchara en su armoniosa melodía, tendría la suerte de cumplir sus deseos, cosa en la cual no creía el ave más pequeña llamada Lya. Esta Ácus recibió la voz más armoniosa de todas y a su vez era la más bella, pero por cosas de la suerte no podía volar. Cada mañana, reposaba en su nido, triste y solitaria, mientras sus hermanas, que libres podían amar los cielos, le decían buenos días a todos los animalitos del bosque.

Una mañana en la cual nuevamente Lya se encontraba sola y llorando en su hogar, apareció un águila frente al nido, espantado y con voz temblorosa preguntó quién era y el águila le contestó -Mi nombre es Sol y he escuchado tu llanto- entonces el águila tomó a Lya con sus patas y le mostró el cielo, las nubes y el sol, diciéndole lo hermoso y preciado que eran para ellas las aves. Cada aleteo que Sol daba, hacía que la dulce brisa matutina llegara a Lya, en la cual crecía un fuerte y puro deseo de ser libre en esos cielos, no deseaba nada más. Su motivador paseo terminó en una banca de un parque, en una ciudad cercana en donde, a pocos metros de ellos, una pequeña niña lloraba - ¿Qué le pasa? - le preguntó Lya a su nuevo amigo -Está llorando- contestó - ¿Pero por qué llora? - y el águila le dice - ¿Ves aquella cometa? Los niños tienen deseos simples pero puros y necesitan saber que estos no son imposibles, para que puedan crecer creyendo en lo bello que son los sueños, te necesita- entendiéndolo esto, la pequeña Ácus se acercó con tímidos saltos a donde se encontraba la niña, la cual la observaba a través de sus lágrimas, entonces Lya cantó con su corazón, el ambiente era alegre, no había ninguna ave que superara su melodioso canto lleno de sentimiento, lleno de sus propios deseos, lleno de amor. La niña tomó a Lya en sus pequeñas manos y mirándola ahora llena de alegría, suavemente lanzó a la ave a los cielos y sin darse cuenta cómo... ¡estaba volando!, el águila satisfecha de lo logrado abrió sus alas y emprendió su vuelo dirigido al sol, en donde desapareció repentinamente. Al mismo tiempo, un viento levantó la cometa de la niña, haciendo que esta riera con la inocencia que ríe un niño. Lya cumplió su sueño de volar y la niña jugó con su cometa todo el día junto a la pequeña Ácus, que cantaba para ella. Al finalizar la tarde se dirigió a su nido, el cual la había visto muchas veces en su sufrimiento y mirándolo con nostalgia sonrió. Ya no se sentía triste, solo necesitaba confiar en sí misma.

Esa noche durmió plácidamente, soñando con navegar por los cielos y sentirse libre. A la mañana siguiente, llegaron sus hermanas y voló junto a ellas para siempre, cantando los buenos días a todos los animalitos del bosque y de vez en cuando se paseaba por aquel parque a detener el llanto de algún niño que, desde su inocencia, anhelara cumplir sus más puros y sinceros deseos.

El que puede soñar, puede volar y el persevera en sus sueños, es libre.

Jeannina Eliana Guzmán Cuevas

Docente

Liceo Polivalente Hermanas Maestras de la Santa Cruz





El nacimiento de los eclipses

Un día en el cielo, nació un ángel que resplandecía con cada gesto, movimiento o cosa que hacía. Tenía por nombre Akira. Por otro lado, en el infierno, nació un pequeño demonio que por más que intentaba ser como los demás demonios, no podía serlo. Ella era alegre y siempre sonreía, llevaba por nombre Alisa.

Al crecer, Akira se estaba formando para juzgar las almas, respecto si hacían el bien o el mal, y Alisa buscaba una forma de salir del infierno. Al ser diferente siempre la excluían en los trabajos cotidianos, ya que ella no estaba hecha para hacer sufrir a alguien que cometió errores en su vida.

El ángel Gabriel, un día envió a Akira a pedirle a satanás una planilla de cuántas almas tenía en pena, y en ese viaje por alguna razón conoció a Alisa. Sus miradas se juntaron e hicieron una conexión, aunque todos sabían que ángeles y demonios no podían estar juntos, pero su química era innegable.

Tiempo después, comenzaron un romance. Cuando Akira volvió al cielo le preguntó a Dios, si de alguna manera un ángel y demonio podían estar juntos, a lo que este le respondió: -Es imposible. Akira triste, le pidió que lo enviara a la Tierra junto a Alisa para poder estar con el amor de su vida, sin embargo, esta petición fue denegada.

Es por esto, que mantuvieron una relación a distancia. Siempre le enviaba cartas y se sacaba una pluma de sus bellas y blancas alas y se las enviaba. Un día, Dios le propuso algo: "Te permitiré estar con tu amada, pero tendrán el trabajo más duro de todos, tú tendrás que iluminar el día y ella deberá cuidar a los humanos todas las noches, no podrán fallar en sus turnos y no tendrán descanso, nadie se dará cuenta de su trabajo, ni de su romance, pero al menos podrán juntarse algunas veces por año".

El ángel viajó al infierno para darle la noticia a Alisa y ella, que de cualquier forma posible quería salir del infierno, aceptó. Akira tomó la forma del sol y comenzó a brillar como siempre y Alisa la forma de la luna; y les dio a los jóvenes noches divertidas y seguras.

Ángel y Demonio, al juntarse, crean una belleza inigualable, bajan el brillo de la tierra, pero nunca la dejan a oscuras, ya que todos los humanos disfrutan ver esta muestra de amor e intentan ver la belleza del ángel y la felicidad de la demonio, todos buscan ver los eclipses generados por el amor de dos almas que esperan algún día volver a juntarse.





Juan observaba cómo mi mamá separaba y vaciaba tres cucharadas de harina tostada en cada plato de greda. Agregó una cucharada de miel, se acercó al fogón para tomar la tetera y mezclar aquel maravilloso brebaje, hasta obtener una mezcla dulce y calentita. Enseguida se acercó a nosotros y nos repartió cucharada a cucharada, hasta acabar. – ¿Mamá, tú no comerás? ¿Para quién es el otro ulpo? -Es para el papá que llegará cansado.

Apenas la oscuridad comenzaba a expandir su manto sobre las piñas, mamá nos envolvía en la frazada y nos acercaba al fogón, recostándonos en un pellejo recién escarmenado: suavcito y blanco como una nube.

Disfrutábamos de la calidez de la fogata en silencio, hasta que escuchamos el galope del caballo que trasladaba a nuestro padre. Adivinamos cada movimiento de papá: descendió del caballo, lo acercó al poste, lo ató fuertemente para que no se asustara por si clareaban los relámpagos durante la noche, caminó hasta la choza, tomó a mi madre por el talle y la besó suavemente en los labios. Nosotros no hicimos ruido, porque mamá decía que no debíamos molestar a papá cuando llegara cansado de trabajar la tierra.

Mamá preparó el ulpo de papá y se lo acercó. Mi padre lo tomó en sus manos, pero no lo sirvió con ansias como siempre lo hacía, solo lo miró. Mi madre le preguntó qué sucedía...El patrón fue a la chacra para hablarme, me dijo que ya no podría trabajar conmigo, porque todos estaban despidiendo a los mapuches, por revoltosos y borrachos. Partiremos al amanecer y tú cabalgarás con los niños, yo tiraré las riendas.

Nos levantamos en silencio apenas clareaba el alba. Comenzamos el exilio con paso lento como si el claro de luna sintiera la misma pena que nosotros. Era la tercera vez que debíamos salir escondidos de nuestras tierras como si hubiésemos cometido delito. Al mediodía llegamos a un remanso, ahí descendimos del caballo y nos sentamos a la orilla para descansar. Juan dijo que tenía hambre. Mi madre nos miró y dijo que no teníamos alimentos. Mi padre se lavó la cara y las manos y se acercó a nosotros con el ulpo de la noche anterior y nos alimentó. Él se veía débil, pero en sus ojos se reflejaba el paisaje maravilloso del sur.

A veinte años de ese viaje, entiendo que esta es mi tierra, aquí están los ojos de mi padre, el estómago vacío de mi madre y el último ulpo de papá.

Ester de las Mercedes Cea Urrea

(Ganadora del 1er Lugar)

Jefa de UTP

Liceo Politécnico Caupolicán





El viaje de Vecnu

En el Sur de Chile, hacia la cordillera, hay un pequeño pueblo llamado Quilleco, en el cual vive una manada de cachorros. Una perrita llamada Vecnu de cabello blanco y brillante (11 años) se encuentra con la sorpresa de que su amiga Antu no está en el campo donde ellos viven junto con sus amos. La sale a buscar por alrededor, pero no la encuentra y decide volver a su casa. Llega a la casa, se da cuenta de que su amiga era subida a una camioneta negra, envuelta en una frazada, llevada por su amo y se llevan a su amiga. Vecnu asustada va detrás de la camioneta, pero su ama la detiene diciéndole que su amiga Antu está enferma.

Vecnu ha contado los días desde que se llevaron a su amiga y han pasado dos semanas, por lo que le dijo su ama, ella está en una veterinaria nueva porque en la que estaba antes le dieron malos resultados. Vecnu sale a hacer una ronda por el campo y se encuentra el collar de Antu y decide regresar a su casa. Se echa en su cama y mira hacia el cielo preguntándose en dónde estará su amiga Antu.

Al día siguiente, Vecnu deja atrás una manada de cachorros y emprende un viaje en busca de su amiga.

Vecnu lleva días caminando y no ha tenido ningún interés en descansar. Va caminando por medio de la carretera y varios autos han intentado matarla al igual que los humanos que ella se acerca para pedir un poco de comida o agua. Ella se pregunta el porqué las personas son tan malas y no son como sus amos.

Vecnu llega a una veterinaria, entra con mucho cuidado sin que la vean, pasa por afuera de una puerta y escucha a un veterinario decir que su amiga Antu no tiene ninguna solución con su enfermedad. Vecnu asustada por su amiga decide esconderse entre la basura para no ser vista.

Vecnu pasó toda la noche entremedio de la basura, hasta que olfateó un olor muy familiar y se da cuenta de que ese aroma es de su amiga Antu. Después de dos horas Vecnu se encuentra con un gran edificio en el cual decide entrar.

En una sala muy grande logra ver a su amiga Antu, se esconde debajo de la mesa porque escucha a alguien acercarse, logra ver a un hombre con bata blanca y el hombre revisa unos papeles diciendo que esta perrita en ningún momento tuvo la opción de morir, no sé qué pensaban esos veterinarios. Vecnu se quedó con su amiga Antu y de repente aparecen sus amos sorprendidos y felices al saber que Antu está bien junto con Vecnu. Las suben a la camioneta y se las llevan para la casa junto con su manada.

Ha pasado un mes. Vecnu se encuentra muy feliz de tener a su amiga Antu junto a su manada de cachorros. Todos los días Vecnu con su manada se ubican en la gran ventana que tienen sus amos en la cocina, moviendo sus colas dándole las gracias a sus amos por cuidarlos tanto.





*Q*levarte en mi vuelo

Se nubla mi horizonte y oscurezco la vista para contemplarte en lo grandioso de la consecución de viento que arremolina tus pestañas. Enarbolas mis cabellos, siento nacer alas, alzo mis brazos en una insinuación a que vengas a mi encuentro, pero la sola invocación basta y vuelo. Consigo que vuelas conmigo, hay un mar cálido de luces a nuestro alero, la ciudad se ha convertido en el paraíso y su fulgor de arrebol hiere las nubes, ciega el paso, nos dejamos flotar aliados a las corrientes como la sangre misma bombeando, las presiones atmosféricas hacen del viento un manto de astros. Si el vuelo es desplazamiento sustentado en el aire ¿Cómo nombrar el nuestro? Una palabra de aire, vacío y vértigo.

Carolina Ester Domínguez Neira
Docente
Liceo Santa Fe





La estación y el profesor

“¡A Chillán los boletos!”, gritó con voz firme y estertórea el inspector del tren, hace 45 años. Era una calurosa tarde de marzo del año 1973. Recogí mi bolso, subí presto y me senté solo, pensando en el día siguiente.

En la estación de mi destino, había un restaurante bullente de clientes de distintas edades y condición social, que alegres compartían ruidosas conversaciones, sándwich de arrollado con ají, cerveza y humo. Fue mi primer encuentro con la bohemia de la ciudad. Parecía que a nadie le importaba el tiempo.

Me acerqué al mesón con cierta timidez, tenía sed, entre sorbo y sorbo un parroquiano delgado, bien vestido, que conversaba jubiloso, captó mi atención, de alguna forma lo noté distinto a quienes lo acompañaban sentados en una mesa llena de vasos y botellas vacías y un viejo cenicero de vidrio repleto de colillas de cigarrillos.

Apuré mi cerveza, la tarde empezó a convertirse en noche, me dirigí a la calle Gamero, allí quedaba la pensión que me acogería. Tenía al día siguiente mi primera clase universitaria, no podía perderla.

Temprano llegué a las aulas, para sorpresa mía, el parroquiano de la noche anterior, sería mi profesor de Literatura Española. Sus ilustradas clases siempre estuvieron salpicadas de anécdotas de los grandes autores españoles de la Edad Media.

Tiempo después, junto con un par de compañeros, comenzamos a compartir tardes, noches y días con el profesor en el bar, al que el progreso cerró, terminando así una parte de la historia de la ciudad. El maestro nos heredó “Me persigue Chillán”, su poema más universal. Años después falleció, solo, pobre y casi olvidado.

Wágner Juan Ignacio Pérez Eulufí

(Ganador Mención Honorífica)

Sub Director

Liceo Narciso Tondreau





Lucía Alejandra Fuentes Lagos

(Ganadora 3er Lugar)

Coordinadora PACE

Liceo Libertador Bernardo O'Higgins Riquelme

Las aventuras pandémicas de Manchini y Synclayer

Dos seres de origen desconocido, de alma intrépida y de carácter afable caen abruptamente en el planeta Tierra. Observan con desconfianza la pasividad del ambiente, algo muy extraño está sucediendo.

¡Wow! Exclamó Manchini. ¿Qué ocurre acá? ¿Acaso es realmente el planeta Tierra?

Mmm... No lo creo, dice Synclayer. Este lugar está demasiado limpio y silencioso. Da gusto respirar este aire tan puro. De repente, escucha un sonido de agua, cayendo de manera armónica y relajante, con peces brincando de un lado a otro. Exclama con sobresalto: ¡Mira esa enorme franja de agua Manchini! Dice Synclayer.

¡Eso es un río! Exclama Manchini. Alguna vez lo vi acá, pero no era tan claro, y jamás de los jamases había visto un pez de verdad. Sólo escuché de su existencia en leyendas.

Manchini y Synclayer venían encomendados en una misión. Ellos habían visitado antes el planeta, pero esta vez lo notaban increíblemente distinto. Su misión consistía en encontrar a los habitantes humanos de la Tierra, reunirlos y darles un mensaje, uno de los más potentes, uno que haría cambiar definitivamente sus vidas.

Al seguir contemplando la naturaleza, Manchini ve a una persona muy a lo lejos, caminaba rápido, tenía algo extraño en su rostro, una especie de cubre boca. Manchini y Synclayer apuran su paso para alcanzarlo, necesitaban concretar su misión, pero no lo alcanzaron tan fácilmente. El humano iba de prisa, sin distracciones, Manchini y Synclayer deciden seguirlo.

Finalmente él llega a su casa, ellos observan desde afuera. Su familia recibe cariñosamente al humano, lo estaban esperando para comer, él traía víveres frescos y saludables.

Luego de comer en la mesa todos juntos, comienzan a jugar, practicando dinámicas alegres y divertidas. Pero Manchini echaba de menos algo, sabía que antiguamente los humanos dependían de un aparato electrónico pequeño. Eso por lo visto, ya no existía, el comportamiento de los humanos era distinto, el medio ambiente era diferente. ¡La Tierra había mejorado!

¿Y qué hacemos ahora? Pregunta Synclayer a Manchini. Debemos completar la misión. Luego de mucho pensar, ellos deciden escribir un mensaje el cual fue dejado en la puerta de cada hogar existente en el planeta. El mensaje decía lo siguiente:

“Vuestro planeta está limpio y restaurado. ¡Como nuevo!
Te lo obsequiamos nuevamente para que lo cuides
y lo protejas. Conserva tus valores de unión y
amor de familia, estos te salvarán, ante
todo. ¡La pandemia ha finalizado!”





Mariposa blanca

Esa mañana Andrea salió de su casa decidida a acabar con todo. Desde hacía mucho tiempo sentía que su vida no tenía sentido. Estaba cansada de la soledad. Aunque tenía familia, amigos y personas que la rodeaban, estaba sola, o al menos eso pensaba y sentía. Estaba cansada de ser mal querida, había tenido varias relaciones que no funcionaron, por engaños, mentiras, por no recibir lo mismo que ella dio, amor y lealtad. A sus 23 años sentía que cargaba con las penas y la amargura de una mujer de 60 años.

Caminó por largo rato hacia una zona rural cerca de su casa. Ya tenía pensada la forma en que quería morir y dar su último aliento: tomar varios sobres de pastillas la ayudarían a pasar de mejor forma de esta vida a la otra. Se introdujo a un camino zigzagueante entre pinos y, de pronto, llegó al lugar indicado. Se sentó, sacó un cigarrillo, lloró por largo rato, mientras el sol le daba en la cara. Llegó el momento, pensó poner punto final a tantas penas, decepciones, sin sabores, desamores; sacó las pastillas y comenzó a abrirlas una a una, se las llevó a la boca una, dos, cinco, diez y las tragó. De pronto, como si fuera una alucinación, apareció de la nada, revoloteando, una mariposa blanca. No dejaba de revolotear a su alrededor, era blanca, grande y hermosa. Sintió rabia porque cuando pensaba en dejar de existir, Dios se acordó de ella, enviando esta mariposa, recordándole que podía haber esperanza.

La mariposa pasa por una transformación, de oruga, se arrastra. Pasa por un proceso de soledad, de estar en el capullo, esperando, sin saber si logrará llegar al final del proceso. Sería que en un futuro le esperaban cosas buenas, pensó Andrea. Ser mariposa.

La invadió la alegría de la mariposa, de poder volar y estar viva; y disfrutar los días cálidos.

Se llevó los dedos a la boca y vomitó una y otra vez, hasta que sintió que no solo vomitaba las pastillas, sino que toda la amargura, la pena, la soledad que sentía. Se levantó y respiró profundo, comenzó a caminar de vuelta a su casa, quizás Dios le daría una nueva oportunidad de vivir de una manera diferente, quizás llegaría su tiempo de vivir un proceso y ser una mariposa, y sintió la valentía de por lo menos, intentar ver la vida de otra forma, desde otro lugar, no de oruga, sino de Mariposa.





Moraleja en un sueño

Esta noche se siente diferente, pero nuevamente estoy aquí, en plena oscuridad y comodidad de mi cama. Vuelvo a cerrar mis ojos, mientras mi mente colapsa en un sin fin de pensamientos pacientes, que a diario esperan para acomodarse y tener mi atención. Minutos más tarde desaparecen muy lentamente, dejando ver a lo que llamamos silencio, apoderarse de todo lo que me rodea. El clima está frío y triste, listo para llorar. Puedo ver cómo el viento mueve con tanta facilidad y rudeza las ramas solitarias de un árbol, pero mi piel no se estremece. Mis mejillas, que deberían estar coloradas por el frío, no tienen color. Mi cabello, que es liso y largo, no está despeinado, y el viento que debería estar sintiendo, solo lo puedo escuchar. Sé que estoy olvidando algo importante, pero estando aquí es imposible de recordar. No sé qué sentir al respecto y espero que, al no saber, pueda convertirse en algo malo y me desespere, pues la desesperación en este mundo desconocido me traerá más confusión, y no estoy dispuesta a eso. Mientras camino por la tierra húmeda en busca de respuestas a una pregunta que aún no me he planteado, no dejo de pensar en el tiempo. El tiempo guarda los recuerdos y momentos que pasamos con personas que son realmente especiales, tan especial que decidimos poner un pedazo de nosotros en ellos o viceversa, Pero ¿por qué pensar ahora en esto?

Tal vez eso es lo que busco, alguien que se llevó una parte de mí junto con sus recuerdos, o que realmente no pudo tener porque nunca decidí dárselo. Mientras seguía caminando, un sauce muy grande estaba al final del camino, sus hojas eran tan hermosas que su color verde resplandecía. Al llegar, me abrazó y cubrió con sus enormes hojas todo de mí, como si supiera lo que necesitaba en ese instante. No me había dado cuenta lo cansada que me encontraba hasta ese momento, y por un segundo pude sentirme en paz. Estando allí me di cuenta que no buscaba una pregunta, lo que buscaba era una parte de mí que ya no estaba, había estado conmigo tantas veces y de un momento a otro nuestro tiempo se acabó. Me acurruqué pensando en porqué no podía recordar algo tan importante, llegué a concluir que fue para olvidar el dolor que queda cuando esto sucede, pero a pesar de eso, decidí tomar algo de aquella persona para poder recordar y conseguir mi propio tiempo. El sauce retiró sus hojas muy lentamente, entonces supe que debía regresar. Sentí la amabilidad de agradecerle, y otra vez el silencio de a poco fue apoderándose de todo a mi alrededor. Abrí mis ojos y me quedé sentada en la cama, con una sensación diferente a la que estaba sintiendo anoche antes de dormir. Pensé en las personas que compartieron parte de sus vidas con nosotros, y que dejaron este mundo por razones que creemos saber, pero que no satisfacen totalmente nuestras dudas. Pero luego decidí pensar que el tiempo no es para tener miedo de lo corto que lo podemos ver al saber que puede arrebatar nos cosas tan importantes, es para apreciar cada instante y lo bello que podemos hacer con él.

Nicole Alexandra Hernández Águila
4to Medio
Liceo San Juan Bautista





Paranoide

Ben-hur era un adolescente de 17 años, al que le encantaba pintar, padecía de esquizofrenia, y como resultado de esto, tenía problemas de personalidad. Una noche, conversando, con su "otro yo", cansado de todos sus trastornos, le dijo: -"Ya estoy cansado de ti, no te quiero escuchar más; no quiero que te apoderes de mí, no quiero problemas, solo quiero estar en paz"- . A lo que el otro yo respondió: -"Tú siempre exagerando y quejándote de todo; sabes que me necesitas, sin mí no serías ni la mitad de lo que eres, ¿quién inspira tus pinturas? Así es, el que quieres desechar", -"¡ya no quiero más! –exclamó Ben-hur-, ya me dañaste, me engañaste y me obligaste a cometer muchos errores, ya no te esconderé, debo vencer mis miedos, ¡solo vete!". El otro yo, enojado le dijo: - "¿Esto te hace valiente?, ¿Qué culpa tengo yo de los trastornos en tu mente? Ya deja de culparme, son tus decisiones. ¿Yo te causo dolor? Es lo que mereces por odiar a los demás"- . Enojado Ben-hur, ya colapsando y sabiendo que esta discusión le afectaba a su mente, quiso pintar para distraerse, ya que siempre le había servido para desviar todos sus pensamientos, pero en esta ocasión el otro yo fue más fuerte.

- "El querido Ben-hur quiere dar lástima, deja de llorar, yo te enseñaré que nadie te debe tratar así, ¿quieres que se burlen de ti?, ¡eres feo, egoísta y macabeo!"-, Ben-hur no aguantó y le respondió: - "Cada vez que hablas provocas que más te quiera sacar de mí"- . Contestó el otro yo: - "Busca ayuda, no seas cobarde, no debes escaparte". El joven creía que solo podría superar o controlar sus trastornos, por eso siguió discutiéndole al otro yo: - "¿Tienes idea de todo lo que he sufrido por tu culpa?, ¡las pesadillas, el miedo y las noches que no duermo? Quiero ser un hombre nuevo y no me dejas, me alejas de todo lo bueno, sacaste todo lo bueno de mí, por favor ¡VETE!"- .

Después de una larga discusión, insultos y ofensas, el otro yo desapareció, y Ben-hur entendió que necesitaba ayuda y pintó un cuadro de la discusión. Esa noche no durmió.





Pies con alas

¿A usted le gustarán mis chalitas lilas? Ella las había visto en la tienda y con su primer sueldo las compraría para gustarle a él.

Ella caminaba en una nube, soñaba cómo la gente la miraba, cómo sus pies adornados cruzaban calzadas, subían peldaños y cabían en las figuras de los pisos teselados.

Cuando se abrazaron, ella esperaba con ansias que le comentara sobre sus pies, pero él miraba el cielo, le susurraba amor, pero no veía los hermosos pies con alas.

Su corazón se estrujó y las chalas la devolvieron a su hogar con piso de tierra colorida.





Presa

Me siento presa, encerrada en estas cuatro paredes de mi habitación, presa en esta casa, presa de mis pensamientos. El único consuelo son las lágrimas que ruedan por mis mejillas, que son mi única compañía día tras día.

Quiero gritar, quiero correr, escapar muy lejos de todo, ir a un lugar que me dé paz, donde pueda por fin sentirme libre.

Lo único que escucho a diario son los gritos de mi madre, los reproches... Me siento juzgada todo el tiempo, mi mente me tiene presa... No puedo salir, opinar o hacer cualquier cosa que haría una chica de mi edad. Estoy perdiendo los que podrían ser los mejores años de mi vida... pero no sé cómo cambiar todo esto.

Quiero gritar, quiero correr, quiero escapar.

Ella me apresa, el miedo me apresa, mis propios pensamientos juegan todo el tiempo en mi contra.

Tengo miedo, pero lo haré, voy a gritar, voy a correr, voy a escapar... Y nunca nada ni nadie volverá a cortar mis alas.

Solo quiero eso, sentirme libre, ser yo, ser feliz.





¿Qué sería de ti Dolly?

Con mi taza de té en la mano miro por la ventana al patio y me pregunto ¿qué habría sido de Dolly sino la hubiéramos adoptado? No puedo evitar sentir pena, que se esfuma al verla correr acercándose a la ventana como sonriendo.

Era una tarde primaveral, regresaba Manuel de su colegio, ingresa a la casa ansioso y algo nervioso... no venía solo. Lo acompañaba una pequeña y temerosa cachorrita negra. Lo siguió hasta nuestra casa, muy decidida a no quedarse en la calle.

Sus ojitos parecían decir: "¡estoy cansada de ir por caminos de soledad y frío! No tengo a nadie, me abandonaron, tengo hambre, cuidenme, si me dejan los querré toda mi vida". Recuerdo mis palabras: ¡se queda por ahora, no podemos tener otro perrito, le buscaremos un hogar!

Teníamos a Marley, otra cachorrita que hacía poco habíamos adoptado. Las juntamos a ambas, mientras a la pequeña negrita le encontrábamos un hogar.

Fue difícil, no había nadie interesado en un cachorro mestizo hembra.

Pocos días después, se dio la oportunidad de que tuviera un hogar, ¡no me pareció muy buena idea!. Ella, tan pequeñita, juguetona, que parecía feliz en nuestra casa, no la podíamos volver a abandonar. Decidimos dejarla.

Los días junto a ella han sido muy gratos. También le pusimos nombre: Dolores, pero era muy largo. Finalmente la llamamos Dolly, la inscribimos como parte de la familia. Junto a su hermana Marley comparten el patio, los alimentos, juegos, cuidados y el amor de toda la familia. ¡Qué contenta se ve!

Han pasado cerca de 4 años, Dolly se pasea por su patio junto a Marley con la que algunas veces se enoja, gozando de una familia que la cuida responsablemente, porque día a día se esfuerza reconociendo lo acertado de haberla dejado con nosotros. Nos da felicidad, busca la manera de lengüetearnos la mano diciendo: "gracias". Al verla me imagino deseando una sociedad donde ningún perrito esté sin hogar.



Claudio Antonio Cortés Maldonado
(Ganador del 1er Lugar)
4to Medio
Liceo Bicentenario de Excelencia
Polivalente San Nicolás



Reencuentro

Era una mañana fría y lluviosa en la gran ciudad de Santiago, los ciudadanos salían de sus hogares para ir rumbo a sus trabajos o colegios. Mientras tanto en una humilde y pequeña casa de madera se encontraba Fabián, un hombre de 30 años, humilde, esforzado y de sangre chillaneja. Emocionado se preparaba ordenando sus maletas para salir rumbo a la urbe que lo vio crecer y donde está su querida esposa.

Después de seis meses trabajando en la capital para poder mantenerse con un buen sueldo, al fin podrá volver a Chillán, para reencontrarse con su mujer y familia.

Cerca de las doce del día salía Fabián de su casa camino a la estación, de donde saldría el tren que lo llevaría a su destino. Mientras recorría las calles, comenzó a recordar todos los momentos vividos en su querido pueblo. Recordaba su linda infancia, sus aventuras junto a sus amigos del barrio, su colegio, su primer trabajo y la vez que conoció a su amada. Este recuerdo fue el que le hizo llenarse de emoción, mientras más la pensaba más apuraba su paso, lo único que quería era volver a encontrarse con ella para darle un gran abrazo que le llenara de alegría el corazón.

En menos de cinco minutos ya había llegado al lugar de donde comenzaría su recorrido. Con la estación al frente de sus ojos, pensó en regalarle algo lindo a su esposa para poder enamorarla aún más, entonces desvió su camino y se dirigió a la florería más cercana del lugar, allí pudo observar unas flores muy hermosas y que le traía unos recuerdos muy lindos, pues eran las mismas flores que le gustaban a su señora y con las que él le había pedido matrimonio. Sin pensarlo dos veces las compró. Después de esto volvió a la estación y se subió al tren. Todas las personas que se encontraban allí, al ver las flores hermosas, se sorprendían y decían: "este tipo está loco de amor", pues así lo era.

Mientras el tren avanzaba, más se le aceleraba el corazón, al ver las zonas que él recordaba se le hacía inevitable que sus ojos se llenaran de lágrimas. Pero esto empeoró aún más cuando pudo observar una casa destruida, lo que le hizo recordar la tragedia del 2010, el terremoto que destrozó su ciudad e hizo desaparecer mucha gente, que también hizo que Fabián dejara su ciudad y a su familia para irse a la capital y así olvidar todo lo ocurrido, pero ahora sentía que estaba fuerte para poder volver.

Todos estos pensamientos desaparecieron de su cabeza cuando sintió que el tren se detuvo, pues ya había llegado a Chillán. De inmediato tomó un colectivo y se dirigió al cementerio municipal. Allí con el corazón destrozado buscaba el lugar donde había dejado a su compañera. Al llegar, dejó las flores en la lápida más linda que había en ese lugar y con los ojos empapados se recostó a un lado de ella.





Revoloteo Íntimo

Juan Moreno siempre soñó con ser un pajarillo de arbusto y respirar en la copa de un árbol. Sus pensamientos, constantemente, estuvieron ligados al poder algún día volar, no tener que trabajar y de una vez librarse de todas las ataduras de este mundo materialista e inconsciente... ¿Cómo será esa enorme felicidad que sienten los pajarillos de arbusto al volar por el inmenso cielo? Se preguntaba una y otra vez, con un suspiro moribundo que se perdía en el enrojecido cielo, que pintaba los tejados de las viejas casas.

Posiblemente, Juan Moreno no se ha percatado jamás que aquellas avecillas como los zorzalillos no pueden pensar en que son felices, ya que toda su vida ha sido una reproducción cotidiana de eventos en alteración, que siempre se les presenta de la misma forma, sin fronteras, ni amaneceres, ni capullos que algún día florecerán, sin riquezas espirituales que le hagan darse cuenta de cómo alcanzar y palpar los límites de una verdadera libertad y que no solo se encuentra en un vuelo cordillerano o un escondite entre piedras o hierba. Quizás de la misma forma que le sucede a Juan Moreno, el pajarillo de arbusto no mide su propia libertad.

A menudo, cuando toma su camino a casa, después del inquieto ritmo laboral, va suplantando de carcajadas este mundo y comienza a recordar un tiempo que no existe y repite una y otra vez, que la vida no es justa, que no existen razones para conformarse con ella. Tanto se ha embelesado con su sueño, que ha sido catalogado por los demás como el pajarillo Moreno.

A veces su persistencia y su abstracción, que confunden sus pensamientos, lo transforman serenamente en un ser humano poco racional, su creencia subterránea acerca de que sí existe un método, con el cual el individuo que realmente de corazón ambicione, puede transformarse en lo que anhela.

Tratando de no enfrentar su existencia como un mortal más, se aleja de la realidad y gira con sus ojos puestos en el cielo imaginando volar, tratando de no prestar atención en el suelo, se pierde en los eriazos horizontes de lo irreal.

Así como muchos, este personaje no probó la miel de su propio mundo y lentamente la derramó con sus dedos y ni siquiera se molestó en darse cuenta, siempre estuvo sujeto a lo que veía en otros y nunca escuchó su propia vida. Eligió mal y se apagó lentamente en los barbechos de la ilusión.

Mauricio Antonio Romero Castro

Docente
Colegio Nuevos Horizontes





Tiro mortal

Observó a su alrededor, las paredes estaban manchadas de un brillante color carmesí, solo sonrió sádicamente, totalmente extasiado por el maravilloso trabajo que había hecho. Humedeció sus labios pasando su lengua entre estos, ¡Oh, qué espectáculo! Su color favorito inundaba la sala, pero un nauseabundo olor comenzaba a esparcirse, lo que lo obligó a salir de la habitación, deleitándose casi enseguida al ver diversos cadáveres en los pasillos, cadáveres de los que, hace unas cuantas horas, eran sus doctores. Pobres personas, se lamentó entre risas, caminó entre ellos estirando sus brazos hacia los cuerpos, simulando una cruel despedida, no podía poner en palabras el deleite que sentía. Sus pies lo llevaron a la azotea del edificio, aquel lugar le traía paz. Las sirenas policiales se oían en toda la ciudad. Cerró los ojos cuando la brisa acunó su rostro, dándole suaves besos, se acercó al barandal posando sus manos en este. Al oír unos pasos, volteó. Los policiales le apuntaban con sus armas, pero entre todos ellos, una joven mujer destacaba. La chica lo miraba con tanto odio que su cuerpo se estremeció por tal excitación, su corazón fue totalmente flechado y una bala lo atravesó.

Valentina Alarcón Vera

3ro Medio

Liceo Bicentenario de Excelencia Técnico Profesional Alonso de Ercilla y Zúñiga









Un parque sin nombre

Se encontraba sentado, con la mirada perdida, como buscando sus recuerdos entre las hojas caídas de los árboles del parque. Los surcos de las hojarascas se asemejaban a la piel de sus manos, ya marchitas por los años, lo que hacía que el otoño le causara cierto desconcierto. Al otro lado de la banca, se acercaba una pequeña, que iba dibujando siluetas oníricas en el atardecer. El anciano le habló a la niña y en un murmullo casi imperceptible le dijo:

- "Dame una historia". Le imploró, ante la temida limpieza de su memoria, "cuéntame algo que me haga renacer, tengo el presentimiento que nada de lo que hice valió en algo la pena". La niña, desconcertada ante la inesperada petición, comenzó a trazar una historia, pensando que, si no lo ayudaba, el anciano desaparecería, porque una persona sin historia, se esfuma como el sol en invierno. Tomó su libreta, miró al anciano y con calma, comenzó:

-Había una vez, hace cientos de años, un gran guerrero, con mucho renombre entre la gente. Una tarde después de caminar por muchos kilómetros, entró a un poblado al anochecer, estaba desorientado, pues venía de una sangrienta guerra surgida en un lugar remoto. Su corazón aún latía, buscando al menos una esperanza que le devolviera la vida, luego de casi perder el alma en una masacre. El guerrero, llegó en luna llena, cuando los habitantes se preparaban para practicar sus cantos y rituales a la madre luna. Alguien lo vio, con los ojos cerrados pudo presenciar el llamado de la desolación. "Únete y quédate". Tal petición le causó desconcierto y por un momento sintió temor. La gran voz que creyó oír, paso a ser tenue, leve, tan débil y grácil que sintió que su peso desaparecía. Miró alrededor pero no vio nada, solo sus sentidos más profundos, los que le decían que debía quedarse, que debía confiar, Sintió de pronto una mano pequeña, que lo llevó al centro, donde quedaban vestigios de una gran hoguera, que no tardó en volver a encenderse de manera súbita, con el fulgor de una aurora en el cielo. Por primera vez, dejó a la razón de lado y siguió sus instintos. Confió en sus sentidos al presenciar un rastro de calor, pensó en retroceder, en escapar de aquella sensación celestial, pero aquel calor le traía a la memoria recuerdos de su infancia, su hogar, esos perfumes conocidos, el estofado de su madre, las glicinias de su jardín, las duras reuniones, que ya se podían ver entre las llamaradas del fuego, que sé, ya no dolían en su pecho perforado. Poco a poco recordó quién era, rememoró no solo el pasado más entrañable, sino también un futuro, en donde se veía junto a una pequeña niña, que le contaba cuentos en un parque sin nombre.

Ingrid Lorena Troncoso Sanhueza

Docente

Liceo Politécnico Caupolicán





Una taza de recuerdos

Hace muchos años, cuando los niños y las niñas se entretenían jugando con pelotas y muñecas de trapo, cuando el celular era un tarrito unido con un hilito a otro y la televisión una caja de cartón en donde nos colocábamos detrás y dábamos las noticias del barrio. Y... hace muchos más, cuando se tomaba once en familia, con unos ricos pancitos amasados, recién salidos del horno de lata o barro y mamá los servía con manjar Colón... ¡Qué felices éramos!

Era un espacio de tiempo para hablar de lo sucedido en el día, aconsejar, regalinear y hacer planes para el fin de semana, tan simples como salir con los amigos, a pasear en nuestras bicicletas Cic, o a elevar volantines de papel, o chonchonas hechas con una hoja de diario.

Parece un siglo. Cuando cada estación tenía un encanto especial, porque en esos años sí había diferencia entre una y otra: el Verano era sinónimo de ir al río o a Dichato en el ramal y comprar tortillas con ají en Menque, para comerlas con los huevos duros... y aprestarnos para vivir nuestra primera experiencia aterradora... el túnel ¡Qué gran e inolvidable aventura! El Otoño, con sus hojas de distintos amarillos, en donde el juego era hacer un montón y meternos bajo él para salir en una explosión de colores como si fueran fuegos de artificio. El Invierno, sus interminables lluvias y heladas, no recuerdo haber vuelto a ver otra vez el pasto tapizado de blanco y el agua escarchada, recuerdo sí las botas negras de goma y la capa de agua transparente, porque ni hablar de usar paraguas, pues el viento se lo llevaba velozmente. Los truenos y relámpagos, que invitaban a oír cuentos de fantasmas y aparecidos; y que a la luz de las velas eran más escalofrantes que los que vemos hoy. La Primavera, con sus flores multicolores en el jardín de la abuela y en el bajo, el sandial del abuelo, las que partíamos en una piedra y disfrutábamos felices. Los frutos se comían en el árbol. Y cómo olvidar los membrillos colegiales (los azotábamos a un árbol y los salábamos para comerlos al otro día).

Este parece un cuento para la once, pero no lo es, es la vida hecha cuento, para quienes no tuvieron la bendición de vivir, de gozar, de disfrutar esta etapa de una manera inocente, confiando el uno del otro, en donde la maldad parecía no existir, más que en el "viejo del saco". Una infancia como decía la canción "Luchín", de Víctor Jara: "Si hay niños como Luchín, que comen tierra y gusanos, abramos todas las jaulas, pa' que vuelen como pájaros, con la pelota de trapo, con el gato y con el perro y también con el caballo".

Zaida Elizabeth Toledo Astroza
Docente
Liceo Narciso Tondreau







Siento los primeros rayos del sol acariciando mi rostro, abajo las nubes rozan la planta de mis pies... se sienten suaves y frías, pero el calorcito suave del sol hace que eso no importe. Flotando suavemente, debo regresar, esos rayitos cariñosos, me indican que debo volver, mis padres están por despertar y no entenderían porqué su hija entra, volando por la ventana.

-Enfoco mis pensamientos hacia mi nuevo destino: pasar por encima del bosque. (al pasar entre los árboles, las ramas se quedaron con una de mis sandalias), bajar hasta el río por debajo del puente (en el pueblo, el lechero dijo que había visto un hada, sobrevolando, cuando llevaba a las vacas temprano para ser ordeñadas), entrar por la ventana de la leñera, por si mi hermano se levanta a encender fuego (nunca lo hace, pero casi me ve hace unos días) y lo principal: tomar aire, respirar profundo, tratar de llevarme todo el aire puro y limpio que hay a estas alturas, para resistir, para tener un recuerdo, para sentir esa vida que me regala con cada suspiro.

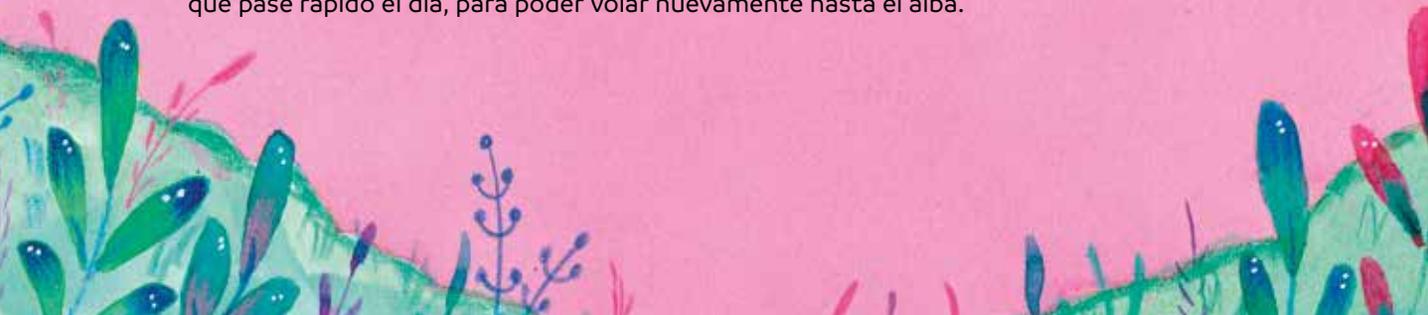
Porque es mi secreto, es mi alegría, mi aventura y mi vida. Yo no quise volar, sin tener alas, solamente ahí flotando en mi cuarto me vi una noche con los bordes de mi pijama colgando sobre la cama, casi me parto la frente con el techo, pero eso me impidió gritar.

¿Quise decirlo muchas veces, pero... ¿cómo explicas esto? - "Hola sabes que puedo volar" o tal vez, - "sabes, anoche viajé a Isla de Pascua y vi la fiesta Tapati Rapa Nui, la fiesta más hermosa de la isla".

No puedo hacer eso, no lo entenderían, ni yo misma lo entiendo, pero debo volver, mi realidad me espera, esta pequeña aventura comienza cada noche y termina apenas comienza un nuevo día. Aún no sé cómo extenderlo para volar semanas, meses o años, pero solo vuelo cada noche y aunque haga todo lo posible debo regresar al amanecer.

Ya veo la ventana, nadie en pie todavía, espero haberla dejado entreabierta, por la chimenea no puedo, siempre queda encendida. Aquí estoy, en el marco de madera azul, ahí mi cama, mi manta cubriéndome hasta las orejas, mi pelo desparramado por mi almohada, mi pierna izquierda completamente fuera de la cama. Me recuesto suavemente, imitando mi posición en la cama, es como un golpe eléctrico suavcito, pero tan rápido que al abrir mis ojos ya estoy levantada.

Mi madre toca a mi cuarto y debo prepararme para ir a desayunar y luego a clases, solo quiero que pase rápido el día, para poder volar nuevamente hasta el alba.



Contextualización

Este libro nace desde la búsqueda incesante del Programa PACE UCSC de generar acciones para potenciar las distintas vocaciones, que manifiestan las y los estudiantes en esta etapa de la vida y donde tenemos la oportunidad de acompañarles. Es así, como dentro de muchas ideas locas, surgió la invitación a todos aquellos y aquellas que gustan de la literatura o que sueñan con alguna profesión del ámbito de las letras a participar en este proyecto. Sin embargo, este libro no está construido solo de historias de estudiantes, sino también quisimos invitar a las y los docentes, directivos y administrativos de los establecimientos con sus textos, como una fuente de inspiración y motivación a las y los jóvenes que creen que su proyecto de vida podría estar construido sobre las letras.

La vocación se puede manifestar en cualquier momento y en cualquier lugar y es por eso que invitamos a las y los jóvenes a conocerse, a creer en sí mismos y a perseguir sus sueños.

Karyn Rojas de la Fuente
Especialista Exploración Vocacional
Programa PACE UCSC







UCSC

Programa de Acceso a la Educación Superior
Universidad Católica de la Santísima Concepción



